

## *1. In memoriam*

NILS CHRISTIE PERDIÓ SU BICICLETA

LOLITA ANIYAR DE CASTRO

*UCI Costa Rica*

Puedo ver a Nils Christie, pedaleando por los campos noruegos, alto y esbelto como un ave zancuda, con su dejo de modestia que lo hace aparecer como si nos estuviera siempre viendo desde arriba para conocernos mejor. Su melena blanca y sus anteojos le dan ese aspecto extraño de profesor sin años. Y lo veo pensativo, disfrutando ansiosamente el entorno escandinavo, e impulsando su bicicleta mientras escruta la Historia, el terror de la violencia masiva, los genocidios y sus características, la impunidad de los desafueros del Poder. Se pregunta por qué sucede, qué piensan los que olvidan su parte de responsabilidad en las masacres. Medita sobre las perversiones y selecciones del castigo oficializado que tiene inclusive la capacidad de convertirse en industria, en mercancía consumible sin remordimientos. Trata de encontrar las formas de limitar tanto dolor. Pero no puede, porque él no es más que un criminólogo, y está bastante solitario entre los muchos que buscan justificar catástrofes institucionalizadas, y además inútiles, como la prisión. Por eso, tal vez, me parece, Dios mío, que siempre estuvo triste.

Estoy en Estocolmo mientras escribo estas líneas, como parte de un Jurado que otorga el Premio Internacional Estocolmo en Criminología. Y a mis manos llega el resultado de una de las rondas de votación donde aparece finalmente su nombre, un valeroso impulso a reconocer su humanismo, su agudeza intelectual, sus luchas por recomponer los entuertos de ese universo del Bien y del Mal que es la creación de leyes penales y su transgresión, donde los poderosos tienen lugares de privilegio preestablecidos en la práctica. A la vez, me llega una nota, con un retrato suyo, el mismo en blanco y negro que aparece en mi Manual, y que siempre refresca en mi memoria su talante suave, su actitud de combatiente seguro y sin estridencias, aquella media sonrisa suya, más bien triste. Un nota que nos dice que es demasiado tarde. Algo o alguien, no lo sé, impactó su bicicleta y el cayó para dormir definitivamente su sueño de humanista, el mismo que queda en las líneas de sus libros, en las voces de quienes trasmitimos sus ideas, y en el recuerdo vivo de su paso por el mundo.

Suelo comenzar mis clases con una frase suya, en los posgrados que arrastro aún conmigo, en estos terrenos marginales de una América Latina poco conocida por los intelectuales asentados en las sillas de autoridad académica del Primer Mundo. “Poder es el Poder de Definir”, dijo una vez, en Maracaibo, en 1973. Y, desde entonces, nunca oí o leí una mejor descripción del Poder.

Todo, en el mundo de la criminología, a partir de esa descripción, queda desnudo en su brutal señalamiento de que ese amasijo de ideas contradictorias que a veces se pretenden científicas, o que a veces se asumen como orgullosamente filosóficas, no es más que la capacidad de los vencedores de imponer las razones y las líneas de la Historia y sus ideologías. O de las propuestas alternativas. Todo allí es político, pues, las opciones de criminalizar una u otra conducta, las opciones de criminalizar una u otra persona, las opciones para imponer algunas formas de orden, todo es político.

En aquella ocasión, que aparece reseñada en los dos volúmenes del 23 Curso Internacional de Criminología que organizamos en esa ciudad, Nils contaba cómo en los campos de concentración de Noruega durante la última Gran Guerra donde los nazis imponían su criterio de cuáles eran los enemigos a exterminar, aquellos judíos hambrientos, convertidos en sacos de harapos y huesos, que aprendían a hablar noruego, eran tratados por sus guardianes con más consideración. El lenguaje los convertía en seres humanos. Era su constatación de que los crímenes horrendos sólo se cometen contra aquellos que han sido previamente deshumanizados, por el hambre, el encierro, o el discurso político, y por la falta de respuesta a sus preguntas de por qué deben morir.

Lo recuerdo repetidamente hoy, y a su suave asertividad, cada vez que después nos encontramos en algún Congreso o Seminario de la Región. Muchas veces en lugares distintos, Nueva York o Buenos Aires. Pero especialmente cuando llegó a Maracaibo, en aquel histórico 1973, cuando arrancó una Criminología Latinoamericana totalmente propia, esa ciudad que recordaba a los múltiples europeos que fueron allí, desde todos los rincones enfrentados de la criminología existente, desde Christiansen, Pinatel, Szabo, hasta Versele, Basaglia, Stanley Cohen, algún lugar descrito en viejas historias de Salgari u otras, como centro de corsarios o piratas. Recuerdo su entusiasmo al abordar los autos de transporte público con fuertes radios que emitían ritmos caribeños. Lo comentaba con entusiasmo, bajo aquel sol ardiendo todo el año. Lo recuerdo escogiendo las frutas tropicales en grandes mesones multicolores, abriendo con sorpresa los marrones y ásperos nísperos que luego abrían sus perfumadas y aterciopeladas carnes olorosas y dulces, las guanábanas de aspecto agresivo que adentro escondían masas de melosa blancura.

La última vez que lo vi, en una mesita y enfrente de un café, me dijo: “me gustaría volver a Maracaibo”.

Y yo lamenté no poderlo llevar de nuevo a lo que él había conocido, y que había cambiado tanto. Hasta la Cárcel que él visitó, y dijo, contento de ver a los presos interactuando aparentemente en libertad en sus jardines: “si no estuvieran presos, yo diría que son felices”. Frase breve y entusiasta que desapareció al ingresar al comedor colectivo y sentir el olor de las comidas. Una Cárcel que después se ensangrentó varias veces en el horror de la psiquiatrización de los encierros, y las falsas micro-sociedades donde los liderazgos forzados se conquistan por la fuerza bruta.

Hoy Venezuela es como un gran envase lleno de violencia y prisiones. La gente se mueve en el país como peces que en peceras con arbolitos de plástico chino, ven un mundo que se les puso lejano a través del cristal.

Ya Nils perdió su bicicleta en los predios de Oslo, pero siempre lo veremos cada vez que citemos su nombre, comentemos sus libros, y pensemos que ese gran sueño en el que se sumió, le permita ver un mundo cada vez mejor. Y no este torbellino de violencia, odio y exterminio, de mercados sin alma, y de castigos reparadores de nada, que nos ha deparado este siglo XXI, tan ansiosamente esperado como el símbolo de una sociedad global, contradictoria pero solidaria. Una donde el lenguaje universal de las buenas ideas nos muestre la entraña humana que llevamos dentro. Como las frutas tropicales.